

EL ADOLESCENTE Y LOS HÉROES

La voz del profesor Serra, tronaba mientras su ancha y alta humanidad circulaba, gesticulando entre los bancos de los alumnos...

“ ARMA VIRUMQUE CANO, TROIAE QUI PRIMUS AB ORIS ITALIAM, FATO PROFUGUS, LAVINIAQUE VENIT LITORA...”

Con la cara tensa y los ojos fijos, el adolescente absorbía asombrado esas palabras, sonoras y aún ininteligibles, con las que Virgilio comenzaba a narrar las vicisitudes del inmigrante Eneas.

Ya tenía en el cuerpo la historia de Ulises,,, La Odisea lo había cautivado con el interminable regreso a la patria del héroe griego. Se había sumergido con fascinación en ese largo viaje en busca de la tierra de origen. Pero, sobre todo, lo atraía la relación entre el hombre y el mar, hecha de amor y odio, de lucha y de entrega.

Soñaba con los ojos abiertos con sentir, bajo sus pies, la madera del puente de un barco, siguiendo el vaivén de las olas... Poco importaba el puerto de destino, lo importante era navegar...

Ahora se le abría otro mundo... Poblado también por hombres que dejan tras de sí los horrores de una guerra y emprenden un largo camino hacia el reencuentro con lo mejor de su propia humanidad.

Eneas, huyendo del incendio de Troya, cargando sobre sus espaldas su viejo progenitor y llevando de la mano a su hijo Ascanio, tal como recordaba haberlo visto en las Estancias de Rafael, en el mural que representa el incendio del Borgo.

Las palabras roncadas y potentes del profesor le seguían llegando, lejanas...

“MULTA QUOQUE ET BELLO PASSUS, DUM CONDERET URBEM, INFERRETQUE DEOS LATIO, GENUS UNDE LATINUM, ALBANIQUE PATRES, ATQUE ALTAE MOENIA ROMA...”

Y traducía de inmediato:

“Mucho sufrió él también en guerra, hasta que fundó una ciudad y trajo al Lazio los dioses, de los que tuvieron origen los Padres Albanos y los muros de la soberbia Roma.”

...Todo eso volvía a la mente del joven viajero, mientras en el horizonte iba desapareciendo la Osa Mayor, para dar paso a un nuevo cielo con estrellas desconocidas.

Miró hacia abajo, allí donde la proa hacía surgir la luminosidad del romper de las olas. Desde allí subió su mirada hacia adelante, siguiendo la línea imaginaria del surco por venir.

El desgarró surgió de pronto.

La euforia de la nueva aventura había escondido el dolor.

Atrás muy atrás, más allá de la huella fugaz de la estela del pequeño barco, estaban su casa, su ciudad, su país, su breve pasado romano, sus amores de adolescente.

Sintió en el cuerpo y en el alma como se iba convirtiendo en emigrante, es decir, hijo de un fracaso no buscado, uno de los tantos desarraigados que poblaban esa islita flotante...

La palabra "inmigrante" cobró un nuevo y súbito sentido. La historia de Eneas se le hizo más clara y cercana. Se identificaba con el hijo Ascanio, huyendo, aferrado a la mano de su padre y llevando, apretada contra el pecho una pequeña caja, en ese mural que le era tan familiar. ¿Qué tesoro contenía, qué estaba tratando de salvar del desastre?...

Lo supo después. Su padre se lo contó un día con un dejo de aire de misterio. Allí estaban custodiadas unas pequeñas efigies de los dioses tutelares, esos que dan vida a cualquier espacio habitado, convirtiéndolo en hogar.

Pensó que, en el fondo, era lo mismo que significaban, para su pequeña familia, los cientos de libros de la biblioteca paterna que ahora eran los compañeros de su navegar, encerrados en las numerosas cajas que poblaban la bodega del barco.

Constituían la mayoría absoluta del peso del equipaje colectivo y ostentaban en la cubierta y en sus costados unos letreros muy llamativos con la exótica dirección: SANTIAGO DE CHILE – VIA BUENOS AIRES.

LA NUEVA TIERRA, AL FIN DEL MUNDO

Ha pasado más de medio siglo, exactamente cincuenta y seis años, desde aquella noche a bordo del vapor PHILIPPA, un carguero "renovado" para transformarlo en buque de pasajeros de clase única con literas y rancho a la usanza militar.

La travesía "de los Apeninos a los Andes" que profetizó Edmundo De Amicis en su entrañable libro "Corazón" se repitió, haciéndose carne en mi padre Giulio, mi madre Elvira; la "nonna" conocida y querida por muchos de ustedes y sus tres hijos, Paolo, Vittorio y Claudio.

Del clan originario, en Chile seguimos tres, Vittorio mi hermano, yo y mi padre Giulio, que descansa en la Catedral de Linares, bajo el hermoso mosaico del ábside, su mejor obra mural.

En aquel lejano 1948 del otro siglo, atravesamos el gran charco, desde un continente a otro, con nuestros sueños y la esperanza a cuestas

De allí se han multiplicado: hijos, nietos y bisnietos que alimentan con sus nuevas vidas esa misma ESPERANZA, así con mayúscula, que, porfiada ella, aún se niega a dejarnos.

Artistas, es decir inmigrantes no tradicionales, encontramos una nueva tierra latina para replantar nuestras raíces y seguir sembrando.

Familia, como la de Eneas, tratamos de ser fieles en el amor y el compromiso con el arte, y, sobre todo, con aquellos, hombres y mujeres que vienen acompañando desde el primer día nuestro paso por los caminos de Chile.

A la distancia, creo que el cargamento mayor que me ha acompañado junto a las innumerables dudas y que nunca me ha dejado, es esa única e inquebrantable certeza de que mis sueños son iguales a los de muchos de los de aquí, mujeres y hombres que, como yo, aún creen en los seres humanos, que siembran sin esperar angustiosamente la cosecha y que están dispuestos a luchar para construir una cultura solidaria, justa y equitativa.

LAS GRACIAS NECESARIAS

Autoridades presentes, queridas amigas y amigos, pocas veces se nos presenta una ocasión propicia para agradecer. Por ello no quiero dejar pasar este momento de gracia. Chile nos ha abierto las puertas de par en par con una generosidad sin límites.

Después de tanto tiempo transcurrido, y de una vida entera compartida, puedo hacer un balance sincero, sin miramientos o adobado con palabras dichas por cumplir.

He llegado a una edad suficiente como para no dejarme vencer por falsos pudores o por un equivocado concepto de la formalidad y poder dar las gracias, así, tal cómo acuden a mi mente y a mi corazón.

Gracias primeramente a mis padres, que se atrevieron a dejarlo todo para jugarse la vida en esta aventura, y que fueron capaces de mantener la unidad familiar contra viento y marea.

Gracias a mi pequeño clan familiar, MI esposa Carmen, mis hijos, mis nietos y mis bisnietos que con su presencia amorosa me confirman, día tras día, que valió la pena arriesgar la seguridad material y el tan socorrido éxito para vivir en plenitud el otro riesgo: el de ser consecuente con mis ideales artísticos y sociales.

Gracias a las instituciones y autoridades que me otorgan este reconocimiento. Lo quisiera compartir con todas y todos mis compañeros de trabajo y de lucha en tantas empresas, con aquellos del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, mi primera casa, con los compañeros del Teatro Ictus con quienes compartí treinta años de mi vida artística.

Con los de la Escuela de Cine de la Universidad Arcis, con los misérrimos y entrañables Payasos de la Esperanza, Rodolfo incluido.

Y muy especialmente a todas las abnegadas amigas y amigos trabajadores de la División de Cultura, Quienes supieron entregarse con entusiasmo y alegría a la causa de la Cultura.

Al Presidente Frei y al Presidente Lagos, a los Ministros y Ministra de Educación, Arellano, Aylwin y Bitar, que me honraron con su confianza y me permitieron devolver a Chile algo de lo mucho recibido, a través de la enriquecedora experiencia del servicio público.

Por último, siento el deber de recordar aquí a tantas y tantos inmigrantes, que, con sus vidas a veces mínimas y desconocidas, aportan sus energías y su trabajo para engrandecer a su nueva tierra.

Nada se puede construir en la soledad. Siempre alguien nos acompaña. Si miráramos más frecuentemente a nuestro lado, reconoceríamos muchas y muchos compañeros de ruta que, a veces en forma muy poco visible, tejen todos los días lazos de afecto, de ternura y de entendimiento.

Hoy nos acompaña también un número importante de creadores, de artistas que han hecho de la belleza su objetivo de vida. Más aún, que creen en el arte como un vehículo inmejorable para alcanzar una mejor calidad de vida para todos.

Quisiera dirigirme a ellos, mis colegas, no sólo para agradecerle su presencia en esta particular ocasión, sino también para instarlos a que no cedamos ni una mínima parte de nuestros sueños y de nuestras utopías.

Sé que la sociedad necesita más que nunca nuestro testimonio vivo de la gratuidad y la aparente “inutilidad” de nuestro quehacer, para contraponerlo a tanta vacuidad y tanto renuncio en aras de una pretendida modernidad primermundista.

UN FINAL: DE VUELTA AL ORIGEN PARA MIRAR EL FUTURO

Estábamos en plena guerra.

El día de mi cumpleaños, mi padre se me acerca y me muestra sus manos vacías. “No hay plata para reglarte algo...”

Pero, sí puedo expresarte un deseo, tal como se acostumbra en estas ocasiones... Aquí va...”

Me abrazó y mirándome derecho a los ojos, me dijo: “Te deseo que cuando te toque dejar este mundo, lo dejes un poco mejor de cómo lo encontraste”

.....

Le conté esta anécdota al Presidente Lagos, cuando le comuniqué que deseaba alejarme de la División de Cultura. Le agregué que, después de casi siete años en la experiencia del servicio público, sentía la necesidad, a estas alturas de mi vida, de hacer las cosas con “una calma un poco más rápida”. ..

Esa era la razón primordial por la que tenía intención de volver a mis "Cuarteles de Primavera", para seguir aportando en el ámbito del arte y desde allí tratar de seguir haciendo carne, en lo que resta de mi vida, el deseo de mi padre.

Y aquí me tienen, lidiando con pinceles y cinceles en una nueva empresa que me tiene completamente absorbido y fascinado. Gracias al querido amigo Eugenio que, con su proverbial generosidad, permite la realización de este sueño.

Tengo tanto que hacer todavía que casi no me cabe...Por eso es que no pienso aún en la despedida...

Pero sé que hay que prepararse para bien morir y que para ello lo que más resulta es el bien vivir. Es decir, que lo que hagamos esté de acuerdo con lo que pensamos... En eso ando ahora y espero que por un tiempo más...

Muchas gracias a todos

Claudio di Girolamo

10 de mayo de 2004